

AJEDREZ

En *El Asedio* de Arturo Pérez-Reverte 2011

una partida

jugar al ajedrez

Los contrincantes // adversarios
dos partidas ganadas
una partida en tablas // hacer tablas

Le toca mover

Avanzar una pieza
El enroque // enrocar
Jaque y mate
Dos... jugadas

Un tablero

Escaque// casilla
La disposición de las piezas// de las figuras // de los trebejos
peones
un [alfil](#) un caballo una torre ...reina dama

Piezas comidas

La partida no pinta bien
Me tiene acorralada la torre
Suele destrozarlo
Buscar el cobijo de un caballo
Acechar paciente
Cometer un error
Bajar la guardia
Estrechar el cerco
Saltar la cerca y escapar
Acogotado por un caballo y una dama

Ver también muchas expresiones en

- *La Tabla de Flandes* del mismo autor, 1998
- <http://es.wikipedia.org/wiki/Ajedrez>

Ajedrez fragmento página 17

... Tizón, distraído...sigue mirando hacia las líneas francesas con los párpados entornados a causa del sol que reverbera en la tapia blanca, en el agua y las dunas. Calculando una trayectoria y comparándola con otras. Es algo en lo que nunca había pensado. Sabe poco de asuntos militares y bombas, y tampoco está seguro de que se trate de eso. Sólo una corazonada, o sensación vaga. Un desasosiego particular, incómodo, que se mezcla con la certeza de haber vivido aquello antes, de un modo u otro. **Como una jugada sobre un tablero —la ciudad—** que ya se hubiera ejecutado sin que Tizón reparase en ella. **Dos peones**, en suma, con el de hoy. **Dos piezas comidas**. Dos muchachas. Puede haber relación, concluye. Él mismo, sentado ante **una mesa del café del Correo**, ha presenciado combinaciones más complejas. ... Una plácida disposición de piezas, un juego apacible; y de pronto, **agazapada tras un caballo, un alfil o un peón cualquiera, la Amenaza y su Evidencia: el cadáver al pie de la duna, espolvoreado por la arena que arrastra el viento...**

Ajedrez fragmento página 45

... Sentado **en el patio de columnas del café del Correo**, ... el comisario de Barrios, Vagos y Transeúntes Rogelio Tizón estudia el tablero de ajedrez que tiene delante. En la mano derecha sostiene un pocillo de café y con la otra se acaricia las patillas donde éstas se unen al bigote...

—**Le toca mover**, don Hipólito. Barrull mira al policía, que no ha levantado la vista del **tablero**, y luego consulta **la disposición de las piezas**.

Tizón apura el café y deja el pocillo a un lado del tablero, junto a **las piezas comidas**: seis suyas y seis del otro. Equilibrio sólo aparente, en realidad. **La partida no pinta bien** para él.

—**Me tiene acorralada la torre con ese alfil y el peón...** No es cosa de perder el tiempo con bombas. El otro gruñe satisfecho, apreciando el cinismo del comentario. Tiene el pelo gris abundante, rostro largo, equino, dientes amarillos de tabaco y ojos melancólicos tras unos lentes de acero. Aficionado al rapé de almagre, a los calzones con medias negras —que siempre lleva arrugadas— y a las casacas a la antigua, dirige la Sociedad Científica Gaditana y enseña rudimentos de latín y griego a muchachos de la buena sociedad. También **es un temible jugador de ajedrez**, cuyo natural tranquilo y trato afable suelen alterarse **ante un tablero**. Su juego es implacable, casi descortés de pura saña homicida. En el calor de la refriega llega a veces a insultar a sus **contrincantes**, incluido Rogelio Tizón: ... Pero el comisario lo encaja bien. Se conocen y juegan al ajedrez desde hace diez años. Son amigos, o casi. Más bien, casi. Al menos, en el incierto sentido que la palabra amistad tiene para el comisario.

—**Ha movido ese sucio caballo**, por lo que veo.

—No tengo otra opción. —

Si que la tiene —el profesor ríe entre dientes—. Pero no seré yo quien se la diga.

Tizón hace una señal al dueño del local, Paco Celis, que vigila desde la puerta de la cocina, y aquél envía a un camarero que rellena el pocillo del comisario y pone al lado un vaso de agua fresca. Concentrado en el juego, Barrull niega con la cabeza, alejando al mozo de la cafetera.

—Chúpese ésa —dice, **avanzando un peón** inesperado. El comisario estudia el juego, incrédulo. Barrull tamborilea con los dedos sobre la mesa, impertinente, mirando a su adversario como si fuese a dispararle en el pecho a la primera oportunidad.

—Es jaque en la próxima jugada —resuelve a regañadientes Tizón.

—Y mate en la otra. Suspira el vencido, recogiendo las piezas. Sonríe avieso el otro, dejándolo hacer. Vae Victis, dice. El gesto del comisario es adecuadamente resignado ante el regocijo del enemigo. Estoico por costumbre. Su contrincante suele **destrozarlo en tres de cada cinco partidas**.

—Es usted detestable, profesor.

—Llore, sí. **Llore como mujer lo que no supo defender como hombre**.

Termina Tizón de guardar las piezas negras y blancas dentro de la caja, **semejantes a cadáveres en una fosa común esperando la paletada de cal viva. El tablero queda vacío, desierto como la arena de una playa con marea baja. La imagen de la muchacha asesinada vuelve a ocuparle el pensamiento**.

Ajedrez fragmento *página 201*

La reina blanca retrocede humillada, **en busca del cobijo de un caballo** cuya situación —**dos peones negros lo rondan con malas intenciones**— tampoco es óptima. Estúpido juego. Hay días en los que Rogelio Tizón detesta el ajedrez, y hoy es uno de ellos. **Con el rey acorralado, el enroque imposible y una desventaja de torre y dos peones respecto al contrincante**, prosigue **la partida** sólo por deferencia hacia Hipólito Barrull, que parece hallarse a sus anchas, disfrutando mucho. Como suele. La carnicería se desencadenó en el flanco izquierdo después de un error estúpido cometido por Tizón: **un peón movido** irreflexivamente, un hueco tentador y **un alfil enemigo clavado como una daga en mitad de las filas propias**, desbaratando en dos jugadas una defensa siciliana construida con mucho esfuerzo y ningún resultado práctico.

—**Lo voy a despellejar**, comisario —ríe Barrull, feliz. Inmisericorde. Su táctica ha sido la de siempre: **acechar paciente, como una araña en el centro de su red, hasta que el adversario comete el error**, y lanzarse entonces a dentelladas, refocilándose con el hocico lleno de sangre. Tizón, consciente de lo que le aguarda, se defiende desgano, sin esperanza. La posibilidad de que el profesor baje la guardia a estas alturas de la partida es remota. Siempre preciso y cruel en sus finales. **Verdugo nato**.

—**Chúpese ésa. Un peón negro termina de estrechar el cerco. Relincha el caballo, acosado, buscando por donde saltar la cerca y escapar**. El rostro despiadado de Barrull, surcado por innumerables horas de ceño fruncido ante cientos de libros, se alarga tras los lentes, en una sonrisa de maligna chulería. Como ocurre siempre ante el tablero, su habitual cortesía deja paso a una vulgaridad agresiva, insolente. Casi homicida... Tizón mira las telas pintadas que decoran las paredes del café del Correo: ninfas, flores y pajaritos. Ninguna ayuda va a llegarle de allí. Resignado, come un peón aceptando perder el caballo, ejecutado en el acto por el adversario con un gruñido de júbilo.

—Dejémoslo aquí —pide el policía.

—¿No juega otra? —Barrull parece decepcionado, insatisfecha su sed de sangre

—. ¿No quiere una revancha?

—Hoy tengo de sobra. Recogen las piezas, guardándolas en la caja.

Ajedrez fragmento *página 274*

Una pausa breve. La justa. Después, **Tizón movió su alfil**.

—El morito de catorce años, criado de su casa, al que usted le rompe el ojete de vez en cuando, puede costarle un disgusto. O dos.

Ajedrez fragmento *página 48*

—¿A qué tablero se refiere?

—Tampoco lo sé. A Cádiz, supongo. Y a la muchacha muerta en la playa.

—Mecachis, amigo mío —el otro aspira una pulgarada de tabaco molido

—. Está usted misterioso esta tarde. ¿Cádiz es el tablero?

—Sí. O no... Bueno, lo es más o menos.

—Dígame cuáles son las piezas.

.....